

NUESTRA ENCARNACIÓN EN EL MUNDO

8 Diciembre 1975 - Carta - Roma

Visita a España. - La Encarnación de Cristo. - Nuestra encarnación en el mundo.

L. J. C. et M. I.

Pronto será Navidad, fiesta de esperanza para todos los hombres, sobre todo para los más pobres, los más sencillos, los que son capaces de acoger a Cristo con un alma de niños.

Para nosotros esa fiesta sigue bastante de cerca a otra celebración, que fue una inmensa alegría y que sigue siendo signo de esperanza para el Instituto: la beatificación de Mons. de Mazenod. Con ocasión de esa beatificación, pude comprobar cuan queridos eran los oblatos de la gente con la que trabajan y cuánto aprecia la gente sencilla, la gente ordinaria nuestra cercanía a ellos. Aman a los oblatos porque se sienten amados por los oblatos y porque sienten que los oblatos están muy cerca de ellos. Vinieron a Roma como si en cierto modo formaran parte de la familia oblata.

Visita a España

En noviembre visité la Provincia de España, cada una de sus comunidades. El celo apostólico, el deseo de trabajar por los pobres y con los pobres es allí muy vivo. Al mismo tiempo, como en otras provincias oblatas, y en diversos sectores de la Iglesia de hoy, se plantean cuestiones, cuestiones concretas acerca de la formación, la vida comunitaria, las formas de empeño apostólico. Esas cuestiones, que atañen a elementos esenciales de nuestra vida, son siempre fuente de sufrimiento. Salí de allí con profunda admiración por el trabajo de nuestros hermanos de España y con gran afecto hacia ellos.

Hoy os escribo, con el corazón rebotante de todas esas cosas, para iniciar con vosotros una reflexión sobre el misterio de la Encarnación de Cristo y sobre el significado de ese misterio en nuestra propia vida de misioneros de los pobres La Encarnación de Cristo

Para traer la salvación a los hombres, el Señor quiso encarnarse, tomar una carne como la de ellos y vivir su vida como ellos y con ellos. Se hizo en todo semejante a los hombres, dice san Pablo, excepto el pecado.

Nuestro Fundador, cuando quiso evangelizar a los pobres de Provenza, escogió un camino similar: hacerse pobre con los pobres y hablar su lengua e ir hacia ellos para decirles quién es Jesucristo. Y cuando envió a sus misioneros por el mundo, les dijo: Id a los más pobres, los más abandonados, amados, aprended su lengua...

Para nosotros hoy la misma obligación sigue en vigor; está en la raíz de nuestra vocación de oblatos: hacernos pobres con los pobres e ir hacia ellos y vivir con ellos para revelarles a Jesucristo a través de nuestro amor, nuestra bondad, el testimonio de nuestras obras y el anuncio de la Palabra evangélica.

Esta obligación vale para todos los oblatos. Todos la perciben, yo creo, pero la comprenden e interpretan en formas bien distintas, según los ambientes y el temperamento y la gracia de cada uno

Cuando se fija la atención en las modalidades de la Encarnación de Cristo, se observa en primer lugar esto: no solo se hizo hombre sino que quiso libremente vivir la vida de los hombres en una situación pobre. Habría podido poseer riqueza, vivir como un rico virtuoso. No lo quiso. Como oblatos, también hicimos una opción semejante. ¿Cómo la vivimos? A menudo se oyen quejas sobre esto. Se dirá que nuestro estilo de vida, nuestras diversiones, nuestros hábitos, nuestra conducta, se acercan más a los de los ricos, los "buenos ricos", los ricos virtuosos, amigos de los pobres, que a los de los pobres.

Cristo también habría podido vivir su vida de hombre dentro del estado conyugal. No lo quiso. La trascendencia de su misión parece que le invitaba a testimoniar por la libre opción del celibato que su reino no es de este mundo. Como también, aun estando bien encarnado en un pueblo particular, el judío, y en una época precisa de la historia, no quiso que su amor quedara confinado a tales

límites. Por encargo del Padre, ha sido verdaderamente el hermano universal, el salvador y liberador de todos los hombres.

Toda su vida, estuvo interiormente inflamado en un doble amor: el amor al Padre que lo envió al mundo - fue apasionado de la voluntad de su Padre - y el amor a los hombres, a quienes amó con infinita ternura hasta dar la vida por salvarlos.

Nuestra encarnación en el mundo

Como oblatos, hemos de buscar en Jesucristo el modelo de nuestra encarnación en el mundo. Y todos debemos sentirnos interpelados por su misterio. Algunos se mantienen todavía demasiado lejos de la gente, sobre todo de los pobres; los acogen cuando acuden a la iglesia, pero viven demasiado lejos de ellos y de un modo demasiado distinto del de ellos. Y además, no van bastante a ellos, sobre todo hacia los que no practican o solo tienen de Cristo una idea desfigurada. ¿Es falta de celo, o de arranque, o de libertad interior a causa de la rutina asumida en los moldes establecidos?...

Otros no merecen este reproche. Cualquiera que sea su tarea concreta, viven pobremente y cerca de los pobres, y han sabido mantener y cultivar el espíritu misionero y el sentido del pobre. Espontáneamente van en busca de la “oveja perdida” y van hacia los que están más lejos, más al margen de la vida de la Iglesia. Sin embargo, entre ellos algunos, sea tal vez por falta de discernimiento o por falta de suficiente madurez espiritual, corren el riesgo de adentrarse en caminos sin salida. Su modo de identificarse con la vida del pobre, del obrero, lejos de ser presencia de Jesucristo y camino de evangelización, los conduce progresivamente a la pérdida del sentido de Jesucristo y de la universalidad de su misión y de las exigencias de su reino. Lo que al principio era hermoso como la esperanza termina en la desilusión.

La encarnación en el mundo de hoy es, para el oblato, vía normal de evangelización. Por eso, hay que avanzar en este camino con confianza y valentía, pero teniendo siempre presente en el espíritu a Jesucristo, Verbo encarnado. Lo que salva a los pobres no es la presencia de un pobre más entre ellos, sino la presencia de Cristo pobre en medio de ellos.

A todos os deseo feliz Navidad y feliz y santo Año nuevo. El próximo 17 de febrero será el 150° aniversario de la aprobación del Instituto. ¡ Que la Virgen Inmaculada, madre del Verbo encarnado y de los oblatos nos ayude a comprender cada vez más lo que somos y a serlo fielmente en el mundo de hoy!